

aunque no me quisiera marchar, y vengo á decirle á usted adiós, y á pedirle que no me juzgue mal, y que me despida usted de Teresita, y que le diga usted que no tengo la culpa, ni ella tampoco por supuesto, pero que soy un desdichado, y que ¡qué le vamos á hacer! Supongo que, de no haber tenido antecedentes más claros, me hubiese sido bastante difícil sacar algo en limpio de las incoherentes palabras de mi discípulo, dichas á media voz y precipitadamente: y á fé que le envidié la emoción porque, á pesar de su lamentable aspecto era noble arranque de generosidad juvenil; sólo sus veinte años son capaces de tan admirable imprudencia; y veinte años que, como los suyos, tienen aún la ilusión de la rectitud humana, hasta el punto de suponer capaz de justicia serena á un enemigo, y venir á ponerse en sus manos con tan evidente desesperación. Sin responder, le alargué las cuartillas famosas; entonces, de pálido que estaba, se puso lívido, y no acertaba sino á decir:—Me voy, me voy, me voy...

—Teófilo, hijo,—le dije yo, echando el caso á broma, porque de veras me había conmovido bastante.—Teófilo, hijo, no seas ridículo.—Abrió á más no poder

los espantados ojos, y no dijo nada.—No seas ridículo, y sobre todo, si de cuando en cuando se te vienen á la imaginación tonterías más ó menos explicables, porque los pocos años acostumbran á jugarle á uno estas malas pasadas, no emborrones cuartillas con tus impresiones, y si las emborronas guárdalas un poquito mejor, porque no es cosa de que los corazones anden en papeles que el viento se lleva sabe Dios á dónde, y no hablemos más, y ahora vete á dar un paseo, que estás muy sofocado, y á esas jaquecas vespertinas el aire libre les viene de perlas, y no olvides que á las ocho cenamos y que no me gusta tener á la mesa gente con cara triste.

La que el cuitado puso en aquel instante, no es para descrita, y casi doy razón á los novelistas en lo de asegurar que pueden pasar por unos ojos rayos de esperanza, de ilusión, de bienaventuranza, y por una frente sombras de desaliento, de tristeza, de angustia; ello es que en un instante pareció ponerse muy contento y muy triste; comenzó á hablar todo ilusionado, y hasta creo que llegó á decir: ¡Muchas gracias! ó cosa así; pero la conciencia no le consintió entregarse á la que él sin duda pensó

criminal alegría, y revolviendo, como suele decirse, el puñal en la herida, exclamó.—¡Es que usted no sabe cuánto la quiero!

Decididamente la criatura había resuelto que le pusieran de patitas en la calle.

—Ni creo que seas tú el llamado á venir á decírmelo—repliqué fingiendo el mayor enojo.

Entonces tuvo un grito del alma, digno de ser grabado en bronce:

—¡A quién se lo voy á decir!

¡Tenía razón! Y más que razón, heroísmo, cuando tan fácil y tan dulce le hubiera sido el írselo á contar á ella... como hacen todos los demás.

—Bueno, bueno; tú no te puedes marchar de esta casa, porque no tienes otra, y porque yo no quiero que te marches: eres un hombre honrado, y puesto que tanto dices que la quieres, supongo que no tendrás empeño en amargarle la vida con complicaciones. Esto supongo yo que es una tontería; tú aseguras que es una desgracia; sandez ó desdicha, ella no tiene, como dices muy bien, culpa ninguna, y no es justo que pague la pena; así es que ya lo sabes: paciencia y ducas, y á buscar una novia de buen ver,

y al año que viene á hacer el doctorado en Madrid, y casarte á vuelta de correo.

Dicho lo cual, dí media vuelta, y me marché pensando en lo muy fácil que es ser generoso cuando se es feliz, y sin saber por qué me dió como vergüenza de mí mismo el haber echado á broma, siquiera de palabra, una emoción sincera; pero si tomamos en trágico las tragedias del vivir cotidiano ¿será posible continuar viviendo? Naturalmente, no ha salido á cenar, y yo se lo agradezco; he ido con mi mujer al teatro por hacerla reír sin ser directamente responsable de su risa; hace un momento, al pasar por la puerta de Teófilo, me ha parecido oír algo como suspiro ó llanto... después de todo, feliz él! Está sufriendo, y tal vez sea un poco mentecato... pero tiene veinte años... veintidós... ¡mis veintidós de hace ya veinticinco!

* * *

Cuando se duerme; cuando se calla; cuando, con el libro entre manos, deja de leer; cuando por los cristales del balcón mira largo rato la vega y el río, ó el cielo de noche; cuando se arrodilla á rezar y esconde la cara entre las manos; cuando algunos anocheceres se sienta en el suelo cerca de mí, y me

coge la mano, y suave y distraídamente me la acaricia, y se está largo rato inmóvil y en silencio, tal vez con el pensamiento muy lejos y únicamente unida á la realidad por el leve contacto caricioso, me entra una ternura desolada é inquieta... Porque bien sé que su silencio, en todas estas horas que un poeta acaso llamaría misteriosas, no es vacío ni inactividad espiritual, y que si entonces callan las palabras es porque la mente está tejiendo sus más sutiles elaboraciones, porque ella es araña incansable en esto del imaginar y el soñar, y tiene en el sueño esas alas de luz, únicas capaces de hacerlo salir limpio y libre sobre las miserias de lo acostumbrado; siempre sueña de alto, y razona desde lo más hondo de su sueño, y además... ¡es tan criatura! Y yo, que mal que pese al florecimiento con que su cariño ha maravillado mi alma, soy hombre y no soy joven, y he dejado en las zarzas del camino todos los entusiasmos, menos el de quererla cada día más, pienso melancólicamente, cuando la veo pensar ó rezar ó dormir — digamos cuando el alma se le va por las nubes — que acaso un día, y no lejano, se dé ella cuenta de que cuando sale del mundo,

sale sola, aunque me lleve á mí de la mano; á veces, á la vuelta de uno de sus viajes espirituales, se vuelve á mirarme y me sonrío con sonrisa de complicidad, y yo aparto los ojos por miedo á que comprenda que yo no puedo ni siquiera imaginar de donde vuelve, ni la visión que le hace sonreír... tiquis miquis... chocheces... ¡dolorosas chocheces en todo caso, y sufrimiento real y positivo, aun cuando esté fundado en cosa de tan poca realidad como el miedo al fantasma de un sueño... Estos son mis celos, y esta mi tortura, más grande por informe, porque su misma vaguedad le permite envolverme y penetrarme todo con una niebla tenaz é insidiosa. ¡Ojos tan negros y de tan clara luz! ¿será posible que el amor os ciegue y os siga cegando misericordiosamente hasta el fin de mi vida? ¡Si hubiera un Dios para pedirle que hiciera este milagro! ¡O una muralla de diamante para guardarla sola con su ilusión, de tal modo que la luz de su espíritu, reverberando inacabablemente, cayese sobre mí y me confundiese, como ahora me confunde, por virtud de amor, en la gloriosa vibración de la luz reflejada! Una muralla de diamante... porque mientras esté frente á frente y á

solas conmigo, la generosa ceguera de su cariño le hará creer en una juventud de espíritu, cómplice de la suya. Por fortuna, no abundan en el mundo los hombres capaces de leer la cifra de la luz interior que á las veces le sale por los ojos ó por los labios en miradas radiantes ó en arrebatada palabrería: cuando habla dejándose llevar de esa lumbre interior que yo también conozco, aunque tan indigno de comulgar en ella, cuando habla, digo, delante de otros hombres, ¡tengo un miedo de que alguno la atienda! Por triste fortuna, casi todos los hombres, aun los muy jóvenes, son lamentablemente sordos de espíritu, y suelen oírla como quien oye llover, y así conservo yo siquiera la ventaja de saberme arrodillar á tiempo cuando el misterio pasa y los demás no le sienten pasar, y, en resumen, soy más digno que nadie de velarla el sueño... ¡Pero y si un día se le pone delante el espíritu verdaderamente complementario, el alma joven y entusiasta, la mente embrujada y esperanzada como la suya! Esperanzada... ese es el gran peligro, porque la esperanza no puede estar sino en la juventud... esperanzada... seguramente todas sus edificaciones intelectua-

les y cordiales son alcázares para el porvenir, y yo ya no le puedo pedir á la vida más que una tienda de reposo... ¡Pero el amor, la fuerza incontrastable del amor, el poder invencible del amor!... Ella te ama... es cierto; pero el amor, desengañémonos frente á la verdad, no es mas que un elemento en la completa compenetración de las almas... te ama de amor, pero ¿y si llega el que sepa acabar la frase que ella empieza, el que sepa decir lo que ella está callando, el que acierte á cantar la copla que ella tiene en el pensamiento, el que pueda cogerla de la mano, y al asomarse al porvenir, tenga vida delante para prometer un «¡haremos!» al anhelo de su actividad...? Ciertamente que ella me ama, cierto que es fiel, cierto que nunca ha de faltarme la rosa abierta de sus labios ¡eso lo sé, porque la conozco! pero ¡y si un día, al darme ese beso que nunca ha de faltarme, me le da con tristeza! ¡Y si una de estas noches en que reza ó medita ó mira al cielo ó me acaricia suavemente la mano, el suspiro que deje escapar va á buscar otro nido, y piensa con resignación melancólica que el amor la engañó al empezar la vida, y que acaso equivocó el camino...!



DE TERESA ALCARAZ Á CARLOTA, SU AMIGA

Dulcísima: esta carta es de adioses, porque me voy de España. Y no á un vulgar París, ni á un Londres cualquiera: Europa nos queda ya estrecha, como dicen los americanos, y nuestro «navegar pintoresco» no es por esta vez figura retórica: nos lanzamos real y efectivamente á cruzar la inmensa llanura del mar, y nos vamos... á Australia. No te asustes, porque volveremos: yo he de volver siempre, vaya donde vaya, porque no salgo nunca de mí misma y, aunque no soy patriota ni mucho menos, siento confusamente que la mejor raíz del corazón se me queda siempre en esta ciudad que, vieja y pobre, ha enriquecido mi juventud con tan maravillosas visiones y me ha enseñado á querer y á pensar. Es una rareza, y apenas sé como explicártela: en todas partes soy feliz

¡como no, si llevo el amor conmigo! pero me parece que mi felicidad viajera sólo aquí se confirma y sanciona: toda la tierra es tránsito, y aquí está el lugar de reposo; por todo el mundo llevo los ojos abiertos, y sólo aquí los cierro para traer al mundo dentro de mí misma; todos los paisajes me encantan, pero no los comprendo cordialmente hasta que en recuerdo los miro desde el balcón de esta casa mía, romantizados y confundidos en la visión escueta de esta alameda, de este río, de este puente, de este arrabal... Peregrino el cuerpo, curiosa la mente, por toda la tierra quisieran llevar su sed de aires nuevos y de palabras desconocidas, pero si he de morir ó he de tener un hijo, á X... he de venir aunque sea arrastrándome; porque sólo este austero rincón castellano me parece digno de que en él se acabe ó comience una vida.

Además, ¡aquí se quedan tantos que me quieren bien! Mi padre está muy viejo, y la vejez le ha puesto pesimista; mi madre, aunque optimista en el fondo, está un poco cansada de vivir, y no tiene ya el heroísmo de reír sin causa, para que en la casa «no se ponga el sol», virtud femenina que aprendí en un ejemplo, y que ahora era yo la única llamada á practicar en aquel hogar, que se está quedando un poco frío; de mis hermanos

se ha casado uno y dos están fuera; los pequeños se han hecho formales antes que nosotros, y no llenan la casa de ese alboroto del que las madres dicen «me vuelve loca», pero que indudablemente les hace vivir; aquí dejamos á Ramona achacosa y caduca, y á Teófilo que, decididamente, no se quiere casar, aunque gana dinero... en fin, que me da como un poco de remordimiento irme tan lejos con mi felicidad, dejando detrás algunas almas tristes, y mientras cierro los baúles parece que, por toda la casa, corre un viento de melancolía.

Nos vamos, como te digo, á Australia, en misión científica: estaremos un año estudiando especies animales, que aunque todavía no han desaparecido, creo que están á punto de desaparecer; antes de que definitivamente desaparezcan, la vieja Europa manda emisarios que las clasifiquen en los catálogos de la sabiduría, para guardar siquiera entre las páginas de la ciencia oficial la rosa seca de sus esqueletos, y ahorrar á los sabios del porvenir el trabajo de las reconstrucciones más ó menos fantásticas. A mi marido le pone contentísimo la idea del viaje: dice que el ir conmigo á una tierra tan nueva de puro vieja—parece que la Australia es lo único que queda de un antediluviano continente—le da como una especie de nueva juventud y

un retoñar de nuevas ramas románticas: como todo el mundo tiene el don de amargarse siquiera levemente la buena-ventura, mi señor catedrático ha dado en la flor de dolerse en medio de lo que él llama su incomparable felicidad—no lo repito por darme tono, que conste—de dolerse, digo, porque le queda poca vida para gozarla, y como el chiquillo del cuento, no pudiendo acabar con el plato de sopas que tenía delante, lloraba «por lo que quedaba». Por supuesto que lo de la poca vida lo dice él, porque no hay bajo la capa del cielo hombre con más traza de vivir por lo menos un siglo. Esto lo digo yo sinceramente—no estaría tan contenta si creyese otra cosa—y él primero se alegra, y luego se entristece porque dice que soy una farsante misericordiosa que ando encendiendo candelillas de ilusión para alegrar negruras de lo inevitable. Tan testarudo es en esto de augurarse la muerte, que algunos días ha conseguido hasta hacerme llorar. ¡Y vaya usted á convencerle, después de haberme visto llorando, que no estoy ya derramando lágrimas sobre la visión de su sepultura! Los hombres son una calamidad, y algunos días da tristeza pensar lo poco que podemos nosotras mujeres, de quien ellos dicen que depende su felicidad, para hacer dichosos ni á los que amamos ni á los

que dejamos de amar; todo el corazón, y todavía es poco; todo el amor y toda la alegría, y basta la sombra de una preocupación para traer á casa la tristeza nuestra enemiga natural, porque ¿habrá hombre que, si en casa está triste, no se sienta inclinado á echarle la culpa á su mujer? No va esto precisamente con mi marido, que tiene una especie de superstición sobre mi influencia con el destino y cree poco menos que á pies juntillas en que tengo á la buena suerte atada á la pata de la mesa, pero en fin... él se entristece muchos días y á mí, que sé el por qué de sus melancolías, me da rabia no poderle convencer, á él tan sabio, de la sabiduría indudable del «mientras dura, vida y dulzura».

Esto bien pudiera servir de lección á los enamorados mal correspondidos que, para amargarle la vida á una mujer, dan en la flor de jurarle, sin duda creyéndolo, que si ella les quisiera querer estarían en el séptimo cielo de la dicha: —No, señores, míos, es cosa de ir diciendo á los pocos ó muchos que se le pongan á una delante—no se hagan ustedes ilusiones: el cielo ó el infierno le llevamos dentro, y no hay amor ni desamor capaces de transformar la gota de miel ó de hiel que, el día en que nacimos, nos puso el destino en los labios.

¿Pesimismo? No, no; si bien se mira,

todo tiene su lado bueno en este mundo; á mí esta seguridad que tengo, y que, á primera vista puede parecer triste, de la incapacidad del amor para hacer la felicidad de nadie, me consuela del remordimiento que pudieran causarme ciertas malaventuras que algunos espíritus iluminados se obstinan en achacar á la fatalidad de mi indiferencia.

Me pides noticias de la que tu llamas «mi corte de amor». A todo se acostumbra uno en la vida, y después de cinco años de matrimonio parece que mi ciudad natal se va acostumbrando á la idea de mi fidelidad; claro es que nunca falta algún forastero incomprensivo que se obstina en compadecerme y consolarme, pero yo también me voy acostumbrando á inspirar compasión, y ya ni me indigno, como en un principio, ni me río como solía después; el espíritu humano no se distingue por lo multiforme precisamente, y yo he llegado á componer una especie de formulario para salir del paso, en la escena inevitable, con las menos palabras y la mayor amabilidad posibles; espero que en los diez años que me faltan, digamos de servicio activo en esto de inspirar sentimientos más ó menos dignos del nombre de pasión, habré llegado á la perfección en el arte de decir que no, sin que se ofenda demasiado el que venía buscan-

do otra cosa. Y no vale la pena de hablar más del asunto.

Acuérdate de mí: yo no te olvidaré, y si en Australia hay, como me figuro, postales ilustradas te enviaré vistas á cada correo, adornadas de sentencias más ó menos profundas: quiero á mi vuelta encontrarte casada... A propósito, á mediados de invierno recibirás una visita que te envío; se llama Jaime Alzola y es arquitecto; vino aquí hace año y medio á dirigir las obras de restauración de la catedral, y en cuanto las termine irá á tu Segovia, creo que á planear una estación nueva para el ferrocarril. Nos hemos tratado bastante, y hemos simpatizado mucho; tiene veintiocho años y es tan paradojista como yo, pero él cree en sus paradojas y las defiende con tanto fuego que forzoso es compartir su entusiasmo no pocas veces, y creer en ellas en contra de toda razón; levanta teorías con tan buen arte como levantaría torres, y tanto en sueños como en arquitectura está, como yo, por la línea gótica; creo que con paciencia, cariño y buena mano, hasta se podría hacer de él un místico... pasado por Nietzsche. No me ha hecho el amor, afortunadamente, «no por falta de ganas», me dijo esta mañana al despedirse, sino «por todo lo contrario». Este por todo lo contrario es otra agradable pa-

